



Los otros labios

Vicente Molina Foix



VICENTE MOLINA FOIX

(Elche, Alicante, 1949)

Estudió Filosofía en la Universidad Complutense e Historia del Arte en la Universidad de Londres. Ha sido profesor de Literatura Española en Oxford y de Estética en la Universidad del País Vasco, así como director literario del Centro Dramático Nacional.

Poeta (debutó en la antología *Nueve novísimos*), crítico de cine, escritor y traductor de teatro y columnista en diversos medios, su obra se ha desarrollado principalmente en el campo de la novela, donde ha obtenido los premios Barral, Herralde y Azorín, entre otros. La última, *El abrecartas*, ha sido premio Salambó y premio Nacional de Literatura (Narrativa) 2007. En el año 2000 escribió y dirigió la película *Sagitario*.

SE CONOCIERON ANTE UN RETRATO FALSO DE SHAKESPEARE, aunque ella lo negó. El cuadro representaba la cara de un hombre de mediana edad elegantemente vestido de cortesano, con un amplio cuello bordado sobresaliendo a ambos lados de la sotabarba, y en un panel de la exposición, así como en el catálogo, que los dos habían comprado y llevaban en bolsas de plástico con el logotipo del museo, se llegaba a la conclusión de que esa pintura antiguamente atribuida al artista del siglo XVII Cornelis Janssen y considerada por algunos expertos como una efigie de Shakespeare ni era de Janssen ni podía reflejar —en comparación con otras imágenes más verificadas— el rostro del dramaturgo isabelino. Pero ella lo negó. Aquel caballero de boca afilada y más pelo en la frente del que Shakespeare tiene en el frontispicio de la primera edición en folio de sus obras era —siguió insistiendo— uno de los «Shakespeares» posibles («¿No cambiamos nosotros mismos de rasgos, y hasta de personalidad, de una

fotografía a otra?»), y Colston, por no llevarle la contraria, prefirió hablar, mientras se alejaban de la National Portrait Gallery caminando despacio, de su trabajo, el de ella y el de él, que era el mismo: dar clases en la universidad, separados por los trescientos kilómetros que hay entre el centro de Londres y Manchester.

Al empezar a hablar delante de la pintura seguramente no pintada por Janssen —por un comentario que él había hecho en voz alta sobre los labios del retratado y al que ella, sintiéndose aludida, contestó— se notaron algo en común, y fue eso, más que la discrepancia sobre la certeza del retrato, lo que les dio conversación en la sala vacía. El acento de Josephine y el acento de Colston procedían de una misma calle de un barrio de clase obrera de Leeds, y en el *expresso bar* de St. Martin's Lane donde acabaron metiéndose después de dar dos vueltas a Trafalgar Square se divirtieron recuperándolo, jugando a cerrar las palabras que su educación, una vez salidos de lo más profundo de Yorkshire, les había hecho abrir hasta llegar a un inglés *standard*. En ese doble juego de perder un modo de hablar natal y recuperarlo sin esfuerzo después de tanto tiempo, ella encontró otra prueba de la autenticidad del llamado retrato de Janssen: «Los rostros, como las voces, no tienen identidad, sino estado. ¿Y quién quiere vivir toda su vida gobernado por el mismo acento y la misma cara?».

Descubrieron también en la conversación que habían ido a la misma escuela local, que habían tenido a la misma profesora de lengua y literatura inglesa, Mrs. Howard, y que, siendo los dos las lumbreras de sus respectivos cursos, habían obtenido, con la beca correspondiente, una plaza en Oxford, ella, y él la suya en Cambridge. A partir de ahí empezaban las diferencias. Colston tenía seis años más que ella, y por eso no se conocieron de niños ni coincidieron en el Club Dramático de la escuela, en el que interpretaron obras distintas de Shakespeare, él el Oberón de *El sueño de una noche de verano*, ella la Beatriz de *Mucho ruido y pocas nueces*. Josephine (que a la segunda ronda de los *capuccinos* se había convertido para él en Josie, aunque no era partidaria de los diminutivos) estudió francés y español en el Exeter Collage, Colston inglés en el Corpus Christi. Ella amplió sus estudios dos años en Marsella y allí se casó con un corredor de bolsa, él tuvo una crisis después de graduarse brillantemente en Cambridge, y se fue a navegar como pinche de cocina en un carguero que hacía las rutas del África oriental. Él se había dejado persuadir por el argumento de que el Shakespeare de Janssen era doblemente falso, y ella lo desafiaba, sosteniendo que aquella cara se parecía de una manera «indirecta y profunda» a la de los demás retratos del dramaturgo que figuraban en la exposición de la National Portrait Gallery *Buscando a Shakespeare*, en

la que acababan de conocerse. «En un solo individuo —continuó ella hablando—, puede haber muchas personas, y en un autor tan versátil, muchas más». Colston, que ya empezaba a estar enamorado de su acompañante, la miró a la cara, pensando en cómo podrían ser las otras «Josies». La que veía, con su perfil cubista, su risa iluminada, sus ojos pastoriles, sus botas picarescas, su chaleco trovador, su boina existencialista, su pelo rubio despejado de la frente pero desbordado sobre la nuca en ondas, le parecía inmejorable.

Al cabo de una hora y un *capuccino* más cada uno se pusieron de acuerdo en tres cosas. A ella le gustaba ser llamada Josephine, con las tres sílabas, pero, ya que las dos de Josie le sonaban a nombre de perro, aceptaba un compromiso más radical: llamarse monosilábicamente, solo para él, Jo. El segundo acuerdo fue que las seis y media era una hora decente para cenar, además de un homenaje sentimental a su abandonada tierra nortea, donde incluso hacerlo antes de las seis resultaba habitual, por lo menos, dijo ella, cuando eran niños y era invierno y la noche caía, con su color de pizarra, al poco de salir de la escuela. Y, como último punto de conformidad, que cenar juntos no era indecente para un hombre soltero y una mujer divorciada que acababan de conocerse en un museo. Él la quería invitar al mejor restaurante de comida británica tradicional del mundo, Rule's, que casual-

mente estaba a doscientos metros del *expresso bar*, y ella propuso compartir la cuenta en un *thai* muy informal de Neal Street, aún más cercano. El compromiso alcanzado fue un pequeño bistró francés pegado a la estación de Euston, donde ella podría apurar el tiempo de la cena y no perder su tren de regreso, el último, a Manchester. A las 21.40, cuando se despidieron en el gran *hall* de la estación, se dieron un pequeño beso para celebrar la decisión trascendental tomada a la hora del postre compartido, peras al Armagnac: ninguno de los dos tenía el menor interés académico en Shakespeare, pero sí querían, ambos, seguir estudiándose mutuamente.

Se casaron cinco meses después de aquel encuentro ante el retrato falso o verdadero del museo. Antes hubo un ajeteo constante de trenes, bajando Jo los viernes (hasta el domingo por la tarde) y quedándose en el apartamento minúsculo, pero sin libros, que él tenía en Camden Town, y subiendo Colston los jueves, cuando acababa su última clase semanal sobre «La Ficción de la Guerra», a Manchester, donde tomaba habitación en un hotel, pues Jo compartía un piso con dos antiguas compañeras de Oxford, ahora violinistas especializadas en la música barroca, que la habían acogido muy generosamente después de su repentino divorcio, y a las que no quería agobiar con la presencia de un desconocido durante setenta y dos horas regularmente repetidas. En

esos tres días juntos en el norte hacían largas excursiones a las colinas del Peak District o a los pueblos costeros cercanos a Southport, pasando juntos a la vuelta las primeras horas de la noche en la habitación de él, aunque sin quedarse ella a dormir. No hablaban nunca de literatura. La naturaleza les unía más que la ficción, pues los dos habían sido *scouts* y amaban por encima de todo las caminatas por el bosque y los deportes acuáticos, siendo sus campos de trabajo, por el contrario, muy distintos: ella explicaba «El Romanticismo Maldito en Francia» (Nerval, Pétrus Borel, Lautréamont, Villiers de l'Isle-Adam), y él, que había hecho su tesis doctoral sobre Virginia Woolf, estaba ahora muy dedicado a la literatura bélica escrita en Gran Bretaña durante las dos grandes guerras mundiales. Al cabo de dos meses, Jo decidió presentar a Colston a sus compañeras de piso, que formaban pareja sentimental pero no musical, pues Sheila era la primera violinista en la prestigiosa orquesta The Mancunian Camerata, y Lynette daba clases particulares y tocaba el violín en un cuarteto de cuerdas recientemente creado. Se gustaron mucho los tres, a partir de una coincidencia que sorprendió a Jo; nada más sentarse en la pequeña sala de estar del piso de las mujeres, estas husmearon al unísono el perfume que llevaba el hombre, elaborado y vendido por la tienda tradicional donde ellas compraban el suyo:

Penhaligon's, en Regent Street. También les gustó el raro nombre de Colston.

Sheila fue la primera que animó a Jo a tomarse en serio su relación, así como a adoptar para uso general el nombre abreviado. Aparte de más cómodo, Jo sonaba muy macho, al pronunciarse igual que Joe, y aunque su amiga no era su tipo, a Sheila, que odiaba llamarse Sheila, le parecía excitante tener bajo el mismo techo a una mujer con un nombre hombruno. Lynette se mostró indiferente sobre la masculinidad de la abreviatura, pero también estaba a favor de consolidar el noviazgo. En la primera semana de junio, tres meses después del encuentro en la National Portrait Gallery, Colston y Jo se prometieron en Manchester y se intercambiaron regalos. Él le regaló a ella un anillo de oro engarzado con tres pequeños rubíes y —dentro de un estuche de laca china personalizado— un juego completo de la nueva línea de cosméticos y perfumes para mujer que acababa de lanzar Penhaligon's; Jo a Colston dos pijamas de seda cruda y un servicio de té diseñado por un artista menor del grupo de Bloomsbury. Querían casarse pronto, pero antes tenían que corregir los exámenes y poner las notas.

Fijaron la fecha del 30 de julio, y como testigos de boda a Sheila, Lynette, Julian, el hermano menor de Colston, y a su jefe en el departamento de Literatura Comparada del Birbeck College, el doctor Vaughan. Hicieron

el viaje de novios a la costa licia de Turquía, alquilando un pequeño barco de un solo tripulante del que durante seis días no bajaron a tierra. Nadaban, buceaban, pescaban y hacían carreras en *kayak*, que solía ganar Jo. Tampoco llevaron libros al viaje, excepto la guía *Lonely Planet* del Mediterráneo oriental. Al volver no avisaron a sus amigos y familiares, para esconderse más efectivamente en una cabaña elemental, sin luz ni agua corriente, que Colston tenía en Suffolk. Pero la costa estaba a solo dos kilómetros, y los bosques húmedos daban caracoles, bayas y alguna liebre engañada por las redes no agresivas que Jo ponía entre los arbustos.

A finales de septiembre, después de dos meses de vida primitiva y mucha dedicación (de naturaleza más refinada) al sexo, se separaron para iniciar sus cursos académicos, volviendo al plan del viaje semanal en dirección norte o dirección sur. No era el régimen ideal para unos recién casados, pero tenía la ventaja de que cuatro o cinco días a la semana cada uno de los dos disponía de más tiempo para su trabajo de investigación. Colston terminó de corregir en noviembre las pruebas de su primer libro, *Los silencios de Woolf*, mientras trabajaba en el segundo, aún sin título, y Jo seguía reescribiendo y ampliando su tesis de doctorado sobre el concepto de «malditismo» en la literatura del siglo XIX, que más adelante, cuando adquiriera su forma definitiva, le explica-

ría a su marido de qué trataba, y algún día, cuando la diese por terminada, publicaría.

El segundo día de Navidad, el día de los regalos, tirados por el suelo del único cuarto del apartamento de Camden Town, ella le dijo que tenía una buena noticia que darle, a lo que él, cómicamente alarmado, le contestó: «¿Y para eso me has hecho ponerme siempre el condón?». No era un niño, sino algo que podría facilitar, si un día así lo querían ambos, el embarazo. Había una plaza vacante de profesor titular de francés en el King's College de Londres, y a ella le parecía que tenía muchas posibilidades de obtenerla. Trabajarían a un kilómetro de distancia, no a trescientos, y podrían mudarse a un piso más amplio. Colston no dijo nada. Se levantó del *kilim* turco que había comprado en julio en una tiendecita del puerto de Kas, fue a la cocina, que era lo que había al otro lado del sofá cama, oculta por un biombo, abrió la nevera enana y sacó una botella del mejor champán francés. ¿Por qué tenía en frío una botella del mejor *champagne*?, le preguntó ella fingiendo una sospecha. La tenía desde que volvieron del viaje de bodas, seguro de celebrar muchas ocasiones extraordinarias en la felicidad común que iba a ser ya siempre su vida. «De momento compré una caja de seis».

Volvieron a descorchar otra botella el 4 de junio, cuando, en el mismo día del aniversario de su compromiso, Jo

supo que había ganado la plaza en el King's College. Y el 30 de julio hubo que comprar otra caja de seis botellas y añadirlas a las cuatro restantes de la primera, bebiéndolas esta vez con los amigos; ese día, conmemorando la fecha de su boda, convocaron una fiesta sorpresa en la dirección, desconocida para todos los invitados, de un *loft* por la zona del puente de Southwark. El *loft* (la tercera planta de un antiguo taller de montaje de automóviles) estaba vacío, daba al río, y lo acababan de alquilar a medias Colston y Jo.

Ese primer curso de casados les había dado otras satisfacciones y tres motivos más para brindar, pues mientras ella preparaba entre febrero y marzo el temario de su presentación oral ante el tribunal académico del King's College, él presentaba su libro en la librería Waterstone's de Gower Street, a cincuenta metros de su despacho en el Birbeck College. Colston hizo después dos viajes de promoción, limitada a Cambridge y York por ser su editorial pequeña y la obra densa y erudita. Pero el destino de *Los silencios de Woolf* cambió cuando, tres semanas después de su publicación, *The Observer* publicó una reseña muy elogiosa escrita no por un colega universitario sino por el novelista John Banville, que encontró en el libro del profesor Linacre «una sutil y fascinante exploración de lo que Virginia Woolf dice y no dice en sus *Diarios*, desea pero descarta en su vida

amorosa, sabe y omite de los personajes centrales de sus novelas de madurez».

Un mes más tarde, el *Times Literary Supplement* le dedicó, destacándola en portada, una extensa crítica en la tercera página, la más noble de la revista, que fue seguida por otra aún más entusiasta en la *New York Review of Books*, ambas escritas igualmente por escritores; la del *TLS* por Adam Mars Jones, y la neoyorkina por Joyce Carol Oates. El libro, «sólido en su aparato crítico pero infinitamente ocurrente en las formulaciones más atrevidas», dijo Carol Oates, y, según Mars Jones, «compuesto en un estilo de permanente gracia verbal no muy inferior al de los grandes ensayos de la propia Woolf», atrajo a los escritores, a los que siguieron los libreros (que lo recomendaron en las principales tiendas del país), los lectores de suplementos y páginas literarias y, ya inevitablemente, el público culto británico. En abril, agotada en poco menos de cuatro semanas la primera impresión de 3000 ejemplares, se tiró una segunda edición de 5000, que se agotó rápidamente, habiéndose vendido a principios de verano casi 30000 libros, un éxito clamoroso para un ensayo tan estrictamente literario. Jo bromeó en uno de los ya habituales brindis de la pareja: «La viuda Clicquot no ha hecho vino espumoso suficiente para tus éxitos».

En la segunda semana de julio, cuando *Los silencios de Woolf* había alcanzado una resonancia inusitada, que

alcanzó incluso a la televisión, y estaban en trámite de contratación traducciones al francés y al español, apareció, en el número de primavera de *A Broom with a View*, la pequeña revista literaria editada en Reading, una reseña demoledora del libro, firmada por un tal Mathias Crook. La revista tiraba dos mil ejemplares, aparecía con proverbial retraso en sus tres entregas anuales (el verano no era considerado una estación distintiva en el calendario culto), no se vendía más que por suscripción y en un par de librerías especializadas de Londres y Oxford, y, sin embargo, en sus cinco años de existencia se había ganado la respetable fama de su criterio inflexible, de su estilo claro pero inteligente, de una aproximación a los libros a menudo irónica pero nunca vulgar, ya manifiesta en su propio nombre, que, más allá del significado literal, ‘Una escoba con opinión’, jugaba malignamente con el título de la conocida novela de E. M. Forster *A Room with a View*. En los ambientes literarios se decía, con una mezcla de desdén y admiración, que la revista se ideaba, editaba y componía entera en «una pequeña y maloliente habitación con vistas a la cárcel de Reading». En cualquier caso, la escoba opinionada de los reseñadores habituales del cuatrimestral, todos desconocidos en el ámbito de la crítica británica, era esperada, temida, comentada, citada, celebrada, ignorada solo por los medrosos.

No por Colston Linacre, que tuvo un gran disgusto al leer la reseña, porque, además, Mathias Crook, haciendo honor a su apellido (sin duda un pseudónimo), se mostraba torcido pero atinado: los defectos que resaltaba eran los defectos que el libro tenía y Colston sabía, el yerro en la atribución de una frase de Leonard Woolf a su esposa Virginia, el efectivamente cometido, y la acusación de malabarismo gratuito en las deducciones, el miedo principal que el autor había tenido mientras lo escribía y ahora, por culpa de Crook, volvía a aflorar en su cabeza. De un modo tan inverosímil como patente, la crítica de un desconocido publicada en una revista marginal cobraba para Colston más relieve que los elogios de Banville, Carol Oates y otros nombres de prestigio, pareciéndole el barrido de la pequeña escoba provincial más devastador que los espaldarazos de *The Observer*, *The New Society*, *Granta*, el *TLS* y la *New York Review*.

Ese viernes 12 de julio, un día de un calor pegajoso en Londres, cuando Jo llegó al *loft* con unas bolsas de sábanas y toallas de Habitat encontró a Colston postrado en medio de unos estores que esa misma mañana se había ofrecido a colgar en las únicas ventanas que habían decidido velar en todo el espacio del piso, las del rincón del tatami de matrimonio. Sin decirle nada a su mujer se levantó, le pasó el ejemplar de *Una Escoba con Opinión* abierto por las páginas de su reseña y cogió el martillo y

los clavos. «¿No le das demasiada importancia a este *fanzine* para esnobs? Tienes una cara como si te hubiesen echado del trabajo, o tu libro hubiera sido guillotinado antes de distribuirse. No seas tan orgulloso, querido». Y para acompañar esas palabras, dichas con mucha ternura, Jo atrajo hacia sí a su marido, le quitó el martillo, le abrió la camisa y le fue besando desde los pectorales a la boca. «Qué bien hueles». Colston sonrió y correspondió, desabrochándole la blusa de seda —no sin esfuerzo, pues era india y con botones cuadrados de nácar, difíciles de encajar en el ojal—, soltándole el pelo y pasando sus labios por la nuca y el cuello de Jo. «Hueles tú mejor. Los señores perfumistas de Penhaligon's son unos feministas, les dan a las mujeres armas más seductoras que a los hombres para luchar en el sexo».

Acabaron de amueblar su nueva vivienda y descubrieron que, a pesar de que la planta diáfana tenía ochenta metros de longitud y techos altos, no podían trabajar viéndose el uno al otro en el extremo opuesto: se distraían, se decían palabras amorosas, se levantaban a ver lo que ella iba subrayando en los libros con su colección de lápices traídos de un viaje a Benarés o él escribía en ese momento en su computadora, acababan frecuentemente rodando por la alfombra turca trasplantada desde el suelo de Camden Town, sin tiempo de llegar a la cama, protegida de la curiosidad de un vecino adolescente por

los estores que Colston había clavado finalmente cuando se le pasó el berrinche de la mala crítica.

Jo propuso una solución que para ella no suponía molestia. Su despacho en el King's era amplio y también daba al Támesis, a otro tramo más rápido de su corriente, ensalzada además por el paso bajo el famoso puente de Waterloo, mientras que el de él en el Birbeck, que llevaba ocupando desde hacía nueve años, era menor, tenía libros amontonados hasta en las sillas y daba a la ruidosa ruta de los autobuses de dos pisos que bajan por Gower Street; a la hora de mayor tráfico, sobre las cuatro, Colston se había quejado de haber sido observado con curiosidad por algunos viajeros de la plataforma superior del número 24, que pasaban a veces hasta diez minutos detenidos a cinco metros de su ventana y de ese señor sentado frente a una pantalla. Así se acordó entre los dos, aunque con la condición de que, siempre que él estuviera de viaje, en un congreso o un ciclo de conferencias, ella tenía a su disposición la gran mesa de despacho de estilo Arts & Crafts, posiblemente un Willian Morris auténtico, que Colston le compró a un anticuario de Chelsea, gastándose una buena parte de las liquidaciones de la quinta edición de su libro.

La división del espacio fue un acierto, y Colston terminó en las vacaciones de Navidad su segundo libro, que era más breve y apenas erudito. Habían decidido muy al

principio de su relación que su amor sería siempre sincero, tan diáfano como un *loft*, pero sin incluir las confidencias del trabajo. Se estableció aún con más firmeza al casarse la norma de «no hablar de la tienda», de sus respectivos «negocios» académicos, en casa, dando así más espacio y salud al resto de las afinidades de la pareja, a las que no ponían límite. Colston no le preguntaba a Jo sobre su trabajo en el libro de los malditos, sabiendo que ella prefería mantenerlo en la incógnita hasta el día en que lo terminara, pero no pudo evitar darle la noticia al final de la noche de San Silvestre, que pasaron en Manchester, invitados por Sheila a la gala musical en los canales de Rochdale, donde, por primera vez unidas en público, las dos amantes tocarían el violín barroco en un concierto organizado por el municipio y en el que las piezas centrales del programa eran la *Música acuática* y la *Música para los fuegos artificiales del rey*, de Haendel.

La noche se mantuvo seca y con un cielo despejado en el que los castillos de fuego, disparados por unos piro-técnicos muy premiados de Valencia, apagaron un poco la música del minueto final. Al volver al hotel muy contentos por el ponche servido al término de la velada a los invitados selectos, Colston, que había conservado la caña chamuscada de uno de los cohetes, le anunció a Jo la salida en abril de ese segundo libro suyo, al que una hora antes, mientras veía avanzar desde la grada levantada en

Canal Street la barcaza de los instrumentistas ataviados a la antigua, le había encontrado título: *Río de aguas turbulentas*. «No suena a ensayo», le dijo Jo mientras se desnudaba en el cuarto de baño. «Y no lo es», contestó Colston metido ya en la cama doble. «¿Ah, no? Y ya que no puede ser una canción, ¿se trata de una novela?». «No exactamente. Son estampas entre lo narrativo y lo onírico, algunas muy eróticas». «Entonces se venderá aún más que el de la Woolf. Y así seremos sosteniblemente ricos».

De The Osric Press, la pequeña casa editorial de *Los silencios de Woolf*, Colston había pasado a publicar en Faber & Faber, que incluyó *Río de aguas turbulentas* en su sello de ficción y tiró una primera edición de 30 000 ejemplares en tapa dura. Se vendieron en diez días, se reimprimieron otros 30 000, que se agotaron en una semana, y esta vez hasta los tabloides le prestaron atención: «Un hit desbocado», dijo el *Daily Mail*; «Lea este libro o no lea ninguno», recomendó *The Sun*. Editores, colegas universitarios y amigos daban por seguro que *Río de aguas turbulentas* sería preseleccionado para el premio Booker, y al cabo de dos meses de su aparición la filial europea de la Paramount compró los derechos para hacer una película que les fue ofrecida alternativamente, en un primer tanteo, al director chino Wong Kar-Wai y al franco-norteamericano Michel Gondry. Los dos aceptaron.

Colston alquiló ese verano un yate tripulado por un patrón, tres marineros y un chef muy joven ya notorio, en el que pasaron la última semana de julio y todo el mes de agosto navegando por el Atlántico español y africano, hasta llegar a la punta de Dakar. Aún bucearon cerca de la islas de La Palma y Madeira, pero ya no pescaron: el pescado llegaba a los platos desde los mercados locales, cocinado con hierbas raras y acompañado de compotas creadas por el cocinero del yate, que aspiraba a abrir, con el dinero ganado en ese mes de trabajo, un restaurante en tierra firme y conseguir una estrella Michelin.

El 1 de septiembre, con una anómala anticipación que llamó la atención de sus suscriptores y lectores fieles, apareció el número de otoño de *A Broom with a View*, y en él, ocupando tres páginas, la reseña del segundo libro de Colston, firmada igualmente por Mathias Crook. El título, «Ratatouille», no era lo único hiriente. En esta nueva crítica, Crook se mostraba todavía más sutil, más sarcástico, más convincente en su diatriba. Aparte de menospreciar el estilo general del libro, «un cóctel de prosa poética rancia, con gotas del más intoxicante Henry Miller y chorros de la más espesa Marguerite Duras», el crítico revelaba, irrefutablemente, que una de las imágenes que los tabloides más habían admirado, el movimiento de los nenúfares de una corriente fluvial comparado a los cambiantes giros de los neurasténicos, era una cita literal, no

reconocida, de un pasaje del primer volumen de *En busca del tiempo perdido* de Proust. Siguiendo el consejo de su editor de Faber, Colston retiró todo el párrafo que contenía la metáfora en la tercera edición de *Río de aguas turbulentas*.

El desánimo del autor por esa reseña, la única negativa que tuvo el libro, fue catastrófico, acrecentado además por la convicción de que aquel adversario de sus dos obras publicadas llegaba más lejos y veía más hondo en sus aseveraciones de lo que ningún crítico favorable lo hacía. Por encima de toda vanidad y todo éxito, Crook le señalaba la verdadera limitación de sus libros, sus carencias, sus trucos, sus oportunismos. Dos días después de leerla, Colston cayó enfermo con una gripe de mucha fiebre cuando aún no era época de epidemia, y el virus, pues se trataba, dijo el médico, de una infección vírica, le atacó el estómago y las articulaciones. En los momentos de lucidez en la enfermedad, Colston veía el rostro imaginario de Crook como el de un juez severo pero justo, y esas apariciones recurrentes le hacían recaer.

Los diez días pasados en cama, las altas fiebres y el fuerte tratamiento de antibióticos le dejaron muy débil, hasta el punto de que, días antes del comienzo de curso, se vio obligado a solicitar a su jefe en el Birbeck College, el doctor Vaughan, una ausencia temporal de la cátedra, durante la cual haría un viaje de descanso a

Sicilia y tomaría «relajadamente» notas para una nueva obra que tenía en la cabeza. A Vaughan no le gustó la solicitud pero firmó la autorización; tampoco le había gustado la cita sustraída a Proust, impropia —lo pensó pero no se lo dijo a su colega— de una ética universitaria que, aprovechándose del marbete de la ficción, engañaba al lector. Jo le apoyó más que nunca; no podía acompañarle durante todo el viaje de reposo, faltando solo diez días para el comienzo del curso y estando ella recién incorporada a su nuevo puesto, pero tomó con él el vuelo de ida a Palermo, y celebró al lado del marido su trigésimo sexto cumpleaños, volviendo a Londres el día siguiente. Ella cumplía los treinta un mes después, y en esa fecha él regresaría a Inglaterra, estuviese como estuviese, para una gran fiesta de la treintena. «La mejor edad que hay, querida». «¿Para una mujer también?». «Para ti sin duda». «Ya veremos qué dices en la cuarentena». «Llegaré a ella contigo, y como yo llevo dos mil días antes, tendré tiempo de prepararte un recibimiento a lo grande».

La estancia siciliana le fue mejorando. Hizo excursiones hasta Agrigento y Ragusa, visitó Taormina y las laderas de un enfriado Vesubio, y pasó tres días viviendo primitivamente en una choza de la isla de Alicudi, la más pequeña del archipiélago de las Lípari, con un techo de paja que dejaba pasar los rayos del sol y la luz eléctrica

de la luna, dos cabras salvajes de vecinas perplejas, y un queso, tres barras de pan y unos higos cogidos de los árboles por único alimento. Cuando volvió al hotel de Palermo donde estaba alojado le esperaba un telegrama muy escueto de Jo: «La escoba ha dejado de barrer. ¡Perezca Crook!».

Le produjo tanta emoción ese texto claro pero quizá en exceso cáustico para un convaleciente que llamó de inmediato a su mujer, aun sabiendo por el día y la hora que estaría en clase. Le dejó un mensaje sin poder ocultar su desasosiego, y esperó en su cuarto señorial del Grand Hotel et des Palmes. La llamada de Londres tardó una hora, pero le dio la curación total: la revista editada en Reading dejaba de aparecer, sin llegar a su número de invierno, debido a que el Arts Council le había retirado su subvención, a la vez que a otras cinco pequeñas publicaciones que el ministerio de Cultura británico consideraba demasiado elitistas. Un colega suyo que estaba suscrito, el catedrático de Portugués del King's College, había recibido esa misma mañana una carta de la dirección de *A Broom with a View* comunicándoselo.

Colston tuvo media hora de alegría solitaria, en la que se bebió media botella de vino, y un momento de culpa: ¿le había colgado a su esposa sin despedirse, llevado por la euforia de la noticia? Palermo, con sus mansiones dilapidadas y una Galería Nacional de Arte llena de tesoros

mal iluminados, se le caía encima, y las notas para su tercer libro, que ya adquiría forma en su cabeza, podía seguir tomándolas en el *loft* frente al Támesis. Sin avisar a Jo voló en el primer avión, y al día siguiente, cuando ella llegó del trabajo, encontró a su marido con un cubo de hielo en la mano. No era *champagne*, sino la botella más cara que había en el *duty free* del aeropuerto, una *grappa* envejecida de *prosecco* que bebieron sabiendo lo que celebraban en esta ocasión pero sin aludir al motivo un tanto rastrero: el fin de una exquisita revista literaria.

Colston se sentía, de nuevo en Londres, plenamente recuperado, aunque, teniendo el permiso de ausencia vigente, no reanudó sus clases, para concentrarse en el nuevo libro, al que puso el título de *Palermo*. En menos de tres semanas escribió, como en un trance, sin salir de casa en todo el día, ciento cincuenta páginas, y al llegar a la 151 lo dio por terminado. Pero el último domingo de octubre, cuando, según la costumbre establecida desde que estaban casados, volvía al *loft* con el fardo de los periódicos dominicales y una bolsa de *croissants* por los que era famosa una *boulangerie* situada a espaldas de la catedral de San Pablo, al ojear en el ascensor las páginas literarias del suplemento de libros *The Independent on Sunday*, vio el nombre, Mathias Crook, destacado en negritas dentro de un recuadro de la primera página. «El distinguido crítico literario será a partir de hoy el princi-

pal reseñador de las obras de ficción en este suplemento dominical. Para respetar la voluntad expresa de Mr. Crook, reacio a aparecer retratado, *The Independent* hace en su caso una excepción a la habitual práctica de encabezar las reseñas con la foto de nuestros colaboradores». Colston fue al rincón del tatami de matrimonio donde Jo aún dormía, levantó bruscamente los estores, que la asustaron con la sorpresa de un sol radiante después de una semana entera de lluvias, tiró el fajo de los periódicos sobre el edredón y se puso a llorar abrazado a su esposa.

Crook debutaba en su nuevo puesto con un artículo juzgando las cinco candidaturas para el premio Booker a la mejor obra narrativa publicada, que se fallaba el jueves de la semana siguiente. *Río de aguas turbulentas* había pasado las tres selecciones previas, y Colston Linacre era —se había sabido quince días antes— uno de los cinco finalistas, junto al sudafricano Damon Galgut, la anglo-uruguaya Isabel Fonseca, el canadiense de origen argentino Alberto Manguel y el indio Rohinton Mistry. «La literatura de la metrópoli hace un pobre papel —así empezaba Crook— con el galimatías al que Mr. Linacre ha dado el escasamente original nombre de *Río de aguas turbulentas*, y los jueces del premio Booker han considerado, quizá su único acierto en este caso, “ficción no específica”. No es lo único turbio de un libro —continuaba Crook— que sigue en sus doscientas noventa páginas el

curso de una palabrería torrencial y asfixiante, encallando su autor a menudo en el banco de algas de una prosa tan flaca como espesa, detenida en los meandros de una trama enrevesada a la vez que inconsistente, por temor, se diría, a alcanzar la desembocadura de un (supuesto) relato onírico que no lleva a ningún despertar». Cuatro días más tarde, con los puntos de ventaja a favor del libro de Colston desplomados en las oficinas de apuestas, que hasta ahora le habían dado todas como ganador, el Booker fue para Galgut, que obtuvo en la votación final tres votos frente a los dos de Manguel.

Ese jueves en que se falló el premio fue un día de ira ensimismada, después vinieron tres de estupor, pero el lunes siguiente Colston corrigió en una sola sesión de trabajo algunos detalles menores de *Palermo*, la envió a su agente y cayó en una larga depresión muda en la que solo Jo tuvo entrada, y no a todas horas. Durante cuatro meses no llevó otra ropa que los pijamas orientales que ella le seguía regalando, volvió a fumar, veía la televisión, sobre todo programas incomprensibles llegados por vía parabólica: concursos de la RAI, películas de autor chilenas y, su favorito, un serial cómico pakistaní que, sin subtítulos, tenía también una gran audiencia en algunas zonas de Gran Bretaña. A veces, levantándose de su postración televisiva, se acercaba a la supuesta mesa William Morris, ocupada preventivamente por Jo, la escuchaba dirigirse

a él y sonreía, pasaba sus manos por la cara y el pelo de ella, y una mañana, al cabo de dos meses, hicieron el amor sin decirse nada. Jo aligeró sus obligaciones académicas y algunos sábados y domingos, cuando él se dignaba a vestirse de calle, le llevaba de excursión a Suffolk, aunque sin quedarse nunca en el *cottage*, que Colston parecía rechazar solo de verlo en lo alto de la colina.

Palermo, anunciado como «una fantasmagoría retrospectiva» y, con ciento sesenta páginas impresas, el más breve de sus tres libros, apareció poco antes del verano en Faber & Faber, aunque el manuscrito pasó por varias manos, por varios despachos y fue objeto de varias discusiones del comité editorial, antes de que su agente lograra firmar el contrato de publicación, que recortaba drásticamente el dinero del adelanto. La crítica fue toda negativa, el programa de libros de Channel Four solo sacó la cubierta en una breve pasada de la cámara sobre las novedades, sin comentarlo, y los tabloides lo ignoraron. Mathias Crook, que seguía con su destacada reseña semanal en *The Independent on Sunday*, no se ocupaba del libro, aumentando la silenciosa angustia de Colston, quien cada domingo se apresuraba a ojear el periódico (ahora bajaba a comprarlos, sin *croissants*, Jo) en espera de la definitiva mortificación.

Palermo se vendió mal, y al cabo de dos meses de su aparición pasó a formar parte de las montañas de libros

en tapa dura que se ofrecen en un 2x1 en las principales cadenas de librerías. Entretanto, la Paramount europea había dejado caducar la opción sobre los derechos cinematográficos de *Río de aguas turbias*, al tiempo que Wong Kar-Wai y Michel Gondry, simultáneamente, anunciaban su retirada del proyecto. La crítica de Crook nunca apareció.

Superada con medicamentos la depresión, volvió a la enseñanza y al senderismo, que había abandonado durante el tiempo de sus éxitos. Perdió en seis meses los seis kilos engordados entre su inmovilidad y sus ataques de bulimia, se afeitó la barba con pelos canos que, según Jo, le echaba diez años encima, y empezó a referirse al fracaso estrepitoso de *Palermo* con humor autolacerante pero no autocompasivo, lo que su psicólogo, cauto ante esos signos que podrían ser engañosos, proclamó después de mucha observación como «el arranque de la venganza contra el “ello”». Mientras le asistía y le consolaba y le reía ahora las primeras bromas, Jo iba ascendiendo en el escalafón universitario, obteniendo el grado de catedrática plena a los treinta y dos años, sin haber publicado más que pequeños adelantos de su magno libro en revistas especializadas en estudios galos. Se había hecho adepta al pilates, un día a la semana tomaba clases de baile, y estaba bellísima. «¿Cómo tienes ojos para un desastre total como yo?». «Recuerda que mi especialidad son los autores malditos».

Colston había dejado de escribir pero no de leer puntualmente cada domingo las reseñas de Mathias Crook. Y no esperando nada, ni barrido ni encomio, del misterioso crítico, su admiración por el estilo agudo, por el talento para llegar al fondo de los libros y percibir en todos lo que los distinguía y lo que les faltaba, fue creciendo, hasta el punto de que solo leía de toda la prensa sus reseñas, y solo los libros que él recomendaba, despreciando los atacados, que eran la mayoría. Su vida de lector de las lecturas de Crook le daba una seguridad nueva, una reconfortante servidumbre ante la autoridad de una cabeza superior. Tardó en ser consciente de la trascendencia de esa adicción, pero al cabo de dos años de seguimiento perseverante supo que Crook le había guiado y despejado el camino. Ahora, pensaba él, podría quizá escribir una obra que le gustase a Crook, por pertenecer o al menos aspirar a la categoría de lo único que Crook defendía, los grandes libros.

Leyendo a Crook, dando clases y saliendo al campo con Jo pasaron cinco años de la vida de la pareja, años que los dos habrían dicho por separado que fueron felices. ¿Lo fueron? Lo fueron para Jo, nunca antes entregada a una relación tan armónica y tan exclusiva, y lo fueron con más inquietud para Colston, que, con la idea de un nuevo libro, volvía a quitarle horas —fuera del tiempo lectivo— a su matrimonio. ¿Y juntos? Juntos eran,

para sus amigos, para sus colegas universitarios y para la pareja de Lynette y Sheila (que habían acordado un interludio en su relación de doce años), la imagen ideal de la felicidad.

Con aprensión y anhelo empezó él a escribir un relato que tenía mucho de autobiografía, y cuando llevaba cincuenta páginas hizo algo que nunca había hecho antes, mostrarle el manuscrito a Jo. Ella lo leyó en la cama, pues al acabar el curso se había sentido indispuesta, «la fatiga de los metales docentes», dijo, y la lectura le hizo bien. «Esto es maravilloso, querido, y lo único que siento es no tener la cabeza lo bastante clara para apreciarlo en toda su calidad literaria. ¿Soy yo así, como me describes el día de la exposición de Shakespeare? No me merezco tantos adjetivos. Sobre todo el de pastoril. Ahora debo de tener unos ojos de romance de ciego».

Colston siguió escribiendo a buen ritmo, cinco páginas por día algunos días; al mismo ritmo en que Jo iba empeorando. Ya no podía ser el cansancio del curso académico. El médico diagnosticó una anemia, y le puso un tratamiento que no funcionó; Jo perdía peso y sobre todo perdía imagen: adelgazaba, sus mejillas eran de un realismo descarnado, sus labios una raya abstracta en el rostro, que apenas tenía ya ángulos en su bella geometría. También perdió pelo. Pero ella insistía en que no podía ser nada grave; se sentía tan bien por dentro. Colston le

pasaba cada noche lo que había escrito durante el día, y esa lectura nocturna, le decía ella, era más saludable que el cóctel de pastillas que le recetaron.

Decidieron hospitalizarla cuando el nuevo libro estaba, a falta de un remate, terminado, y la noche antes de entrar Jo pudo leerlo. No hizo ningún comentario. Lloró en silencio delante de su marido, y esa emoción le produjo una mejoría transitoria: dos días más en casa, tiempo en el que, sin levantarse del tatami, trabajó a ratos en su pequeño ordenador portátil, leyó alguna revista y le sonrió a media luz, mientras él le cocinaba alimentos blandos. Al tercer día recayó, la llevó él mismo al hospital y se quedó a dormir en la cama supletoria de la habitación. Ella, incapaz de hacerlo, se pasó la noche mirándolo y oyéndole respirar cavernosamente. A la mañana siguiente, cuando él despertó, Jo no estaba en el cuarto. La enfermera la había descubierto inconsciente en su primera visita rutinaria, y habían tenido que trasladarla urgentemente a la unidad de cuidados intensivos. Allí estuvo una semana, sin recuperar la conciencia.

Para distraer su desesperación, Colston, que solo podía verla unos minutos al día desde una ventanilla acristalada de la UCI, escribió en esa semana el breve capítulo final, que era feliz, pues se detenía en el mes campestre que pasaron, al volver del viaje de novios, como salvajes. Fue a visitar a Jo al acabar el libro, y el

médico le permitió entrar en la habitación; esterilizado desde los peúcos de plástico hasta la mascarilla y el gorro elástico, le leyó en voz baja, sabiendo que no podía oírle, las dos páginas del epílogo. La mujer acostada en aquella cama de articulaciones metálicas y tubos conectados a monitores de líneas sin oscilaciones le resultaba irreconocible: una figura fantasma en la mortaja blanca de las sábanas y el vendaje que le cubría el cráneo rapado, un rostro sin epítetos, unos ojos definitivamente apagados. Murió un día después, mientras Colston, en la sala de espera, había encontrado el título de su libro, *Auto-retrato acompañado*.

La muerte de su esposa le quitó las ganas de salir al campo, de hablar ante los alumnos, de leer la prensa, de publicar, aunque su agente le insistía: «Has escrito una obra maestra, Col, y cuando me des el permiso la empiezo a negociar. Faber se nos ha quedado pequeña. Vamos a ir a por todas. Creo sinceramente que podemos superar el famoso adelanto de un millón de dólares que Andrew Wylie le consiguió a Martin Amis por *Dinero*». Colston no quería oír hablar de dinero. Su dolor era antieconómico, y publicar el libro que había escrito en su mayor parte durante la enfermedad y gracias al apoyo de Jo poco antes de su agonía le parecía una traición. ¿O no? «No, Col —le decía su agente—, es el mayor homenaje que le puedes hacer. Se lo dedicas a nuestra querida Jo, y

el éxito del libro será su mejor epitafio». Empezó a dudar, y al cabo de una semana de titubeos se le fue imponiendo el pensamiento de que con este libro era más que probable obtener el beneplácito, tal vez el entusiasmo, de Mathew Crook.

Entonces recibió, pasado casi un mes de la muerte, tres cajas de cartón con todos los efectos del despacho de Jo en el King's College, que, por respeto, la autoridad académica tardó ese tiempo en desalojar, antes de dárselo a su sustituto provisional; los libros, más de mil, los había legado a la subfacultad antes de morir, dejándole solo a su marido, como prenda de despedida, una primera edición de *Los cantos de Maldoror* que él compró sin decirle nada en una subasta de Christie's y le regaló por su vigésimo octavo cumpleaños.

La llegada de las cajas le dio ansiedad y no alivio, y durante tres días siguieron precintadas, acumulando polvo, a la entrada del *loft*. Al cuarto día las movió hacia el interior de la planta, y el quinto cogió unas grandes tijeras de su maletín de bricolaje y abrió la más pequeña; dentro, en un orden que Jo nunca tuvo en su despacho universitario, y en lo alto de un montón de archivadores y cuadernos, estaban los lápices de colores indios que ella usaba para subrayar sus lecturas. Dejó la caja así, con las tapas abiertas, dos días. En la noche del tercero, Colston abrió la segunda, la de mayor tamaño, que solo contenía

carpetas, veintitrés, de distinto tamaño y bulto muy variable. Las agrupó en montones y las puso encima de la larga mesa (recientemente autenticada por el conservador jefe del museo Victoria & Albert como un original salido de las manos de William Morris) donde él trabajaba. Una decía «Gérard de Nerval» y no tenía nada dentro, otra guardaba las fichas de cartón con foto de carné de los alumnos del último curso que Jo había dado, junto a sus notas para las clases, y la que estaba debajo, decorada con calcomanías de flores, tenía escrito en la tapa, a lápiz grueso, «Mi gran libro», pero en el interior solo había una hoja: el índice de la obra por capítulos, sin más texto ni apuntes ni borradores.

Al examinar el tercer montón encontró dos carpetas etiquetadas a mano con la letra indudable de Jo: «Crook 1» y «Crook 2». «Crook 1» contenía tres cedés a su vez titulados por ella, con rotulador naranja, como «Crook Escoba», «Crook Independent A» y «Crook Independent B». Ese hallazgo inesperado le desconcertó, y su primera reacción fue no querer averiguar los contenidos. ¿No era algo asombrosamente cruel que su propia esposa hubiese escaneado las reseñas en las que aquel Mathew Crook de rostro oculto le había despellejado vivo? Claro que ahora a él le parecía el mejor crítico vivo. ¿Por qué ella no iba a querer aprender también de los escritos de Crook, como él mismo, tras su pesadumbre inicial, lo había hecho?

A mitad de esa noche de insomnio metió los cedés en su ordenador. No eran las reseñas publicadas, sino los documentos de todas las reseñas escritas por Mathew Crook, a veces en dos y tres versiones depuradas del texto. Muy nervioso, abrió la segunda carpeta, «Crook 2». Allí encontró los originales en papel aparecidos en *A Broom with a View* y *The Independent on Sunday*, recortadas las páginas y anotadas a mano por Jo, con su letra de mayúsculas enroscadas y el color siempre vivo de sus lápices favoritos de Benarés: «Errata», «Corte de edición», «Aquí no fui del todo justa». Las dos que se ocupaban de los libros publicados por Colston, junto con el despiadado comentario general sobre las novelas finalistas del premio Broker que no ganó, estaban aparte, unidas con un clip color magenta, y esos recortes solo tenían un comentario al margen, referido a su tercera obra no criticada por Crook, *Palermo*: «Has de sufrir de otra forma, amor mío. Los dolores de esta novela son postizos, y por eso los presentas como sueños y en época pasada. No quiero decir más». Había también en esa segunda carpeta Crook una breve correspondencia entre el editor de *A Broom with a View* y ella, dirigida a su nombre de soltera, así como la copia del contrato suscrito por Mrs. Josephine Linacre con *The Independent*, en el que se detallaban, en una cláusula confidencial, las condiciones del anonimato del «llamado Mathew Crook».

Colston dejó las carpetas en la mesa manualmente ensamblada por William Morris, fue a la cocina, hirvió agua y se preparó un té, un té verde ceilanés, de los que a ella le gustaban. No lo llegó a beber, y la infusión se quedó fría en la taza cuando él se quedó dormido a las primeras luces del día, brillando con un sol indeciso por encima del puente de Southwark. Se despertó sobre las nueve, se duchó, mordisqueó una punta de pan integral untada en queso *brie* y volvió a las cajas; la tercera, la de tamaño mediano. Esta parecía la menos personal, la más académica, con papeles administrativos y memorandos, pero siguió examinándola, arrodillado en el *kilim* del viaje de novios, hasta que sonó el timbre. Un cartero le traía una carta certificada, y el conserje del edificio le había indicado que subiera directamente a la segunda planta en el gran ascensor donde cabían automóviles. Colston firmó el volante y, después de cerrar la puerta, vio que el certificado procedía también del King's College, pero era personal; lo firmaba David Lewis, el catedrático de Portugués colega y amigo de Jo. Dentro había una nota disculpándose por la tardanza, que había juzgado apropiada, para no remover el dolor de la pérdida. El envío lo hacía cumpliendo la petición de la propia Jo, quien, antes de entrar al hospital, le había remitido a él el sobre adjunto, sellado y confidencial, con el ruego de que si se producía «lo más temible» se lo mandase por correo a su

marido. Lewis se despedía con una frase de condolencia y un saludo afectuoso.

Colston abrió, todavía de pie junto a la puerta de entrada al *loft*, el sobre de su mujer, que no tenía ninguna carta para él, sino solo un texto impreso y una foto. El texto era el «primer borrador» (así se decía en un paréntesis) de la crítica que Mathew Crook, firmante al pie de la tercera página, mandaría en su día al *Independent on Sunday*, saludando «el nuevo libro de Mr. Linacre, aún sin título», como «una obra maestra de autorrevelación en la que la densidad del matiz nunca entorpece la resonancia de una voz elocuente, doliente, melancólica, pero en ningún caso lastimera. El lector, desconocedor de la verdad o invención de los hechos narrados, adivinará que esa voz autoral es la del reencuentro consigo mismo».

La foto debía de pertenecer a la serie de *polaroids* en las que Jo se había autorretratado, posando siempre muy cerca del objetivo, durante el largo viaje por el norte de la India emprendido un mes después de su divorcio del corredor de bolsa y un año antes de conocer a Colston ante el retrato dudoso de Shakespeare. Ella misma le había enseñado, pegadas en un álbum, algunas de esas fotos, pero no esta, en la que, enmarcado su rostro por un pañuelo de seda azulado y una alta gargantilla de plata, pintados los labios de púrpura (ella que nunca usaba carmín) y los ojos de *kohl*, parecía otra: una Jo autoficticia

y pop. La foto estaba dedicada, malamente, a tinta: «A Colston, con todo mi amor siempre y para siempre, Josephine». Se llevó la foto a la boca y besó los grandes labios rojos, nuevos, de su mujer. El beso le excitó.

Con la foto de Josephine en la mano fue hasta su valiosa mesa de escritorio y tomó el manuscrito en papel de su nuevo libro, que solo hojeó, distraídamente. Pasadas las once, pues ella nunca madrugaba, llamaría a su agente para decirle que ya había tomado una decisión sobre *Auto-retrato acompañado*: dejarlo inédito y quizá retocarlo más adelante, añadiendo algún capítulo antes de publicarlo. Pero le pediría en todo caso que destruyese el archivo informático y los ejemplares impresos que pudiera tener en su oficina. «Este libro tiene que seguir dentro de mí un tiempo. Luego ya lo leeréis los demás. Algún día».



34 De Vere Gardens, W.
18 de noviembre de 1894

¿No hay acaso un tema para un breve —muy breve— cuento (de *moeurs littéraires*) en la idea de un hombre de letras, poeta, novelista que, al cabo de años o de un tiempo considerable inmerso en una relación feliz, confiada y más o

menos afectuosa con una «dama de letras», una periodista, por ejemplo, descubre que ella lo ha *débiné*, «apaleado» sistemáticamente en ciertas revistas literarias en las que colabora? Él la conoce desde hace mucho tiempo y la aprecia, conoce sus trabajos literarios y los aprecia menos; y también sabe que periódicamente han aparecido los *éreinements* en cuestión, aunque nunca los ha relacionado con la dama, ni a esta con ellos. El descubrimiento le produce una enorme conmoción muy dolorosa. También puede ser el hombre el escritor de las reseñas, y una mujer la escritora criticada con insultos. La cuestión es si no habrá un pequeño tema o drama en la relación, en la situación de los individuos, una vez que todo aflora —el reseñista pretende mantener una actitud hacia el que escribe como escritor y otra totalmente distinta en tanto que miembro de la sociedad, amigo y ser humano—. Podría estar —el crítico podría estarlo— inconscientemente, sin ilusiones, *régulièrement* enamorado de la víctima. No es más que una situación somera, pero tal vez lleve algo dentro.

Henry JAMES